

---

MANUEL JUSTEL CALABOZO  
**Los viejos y la política**  
(Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1983)

Cuando Manuel Justel escribía *Los viejos y la política*, entre 1981 y 1982, la población española se encontraba apenas repuesta de la amenaza al sistema democrático de los sucesos del 23 de febrero de 1981, cuyo juicio, el denominado juicio de Campamento, quedaba visto para sentencia durante el mes de mayo de 1982. El tiempo de la Transición había vivido dos Referéndums, el del 16 de diciembre de 1976 sobre la Reforma Política y el del 6 de diciembre de 1978 sobre la Constitución Española, y la recién nacida democracia había vivido tres Elecciones Legislativas, las del 15 de junio de 1977, las del 1 de marzo de 1979 y las del 28 de octubre de 1982. Estas últimas Elecciones Legislativas configuraron un espectro político compuesto por 202 escaños del PSOE, 106 de AP, 12 de UCD, 12 de CiU, 8 del PNV, 4

del PCE, 2 de HB, 1 de EE y 1 de ERC, lo que dio lugar a la existencia de seis grupos parlamentarios: Grupo Socialista (202 escaños), Grupo Popular (106 escaños), Grupo Unión de Centro Democrático (12 escaños), Grupo Minoría Catalana (12 escaños), Grupo Partido Nacionalista Vasco (8 escaños) y Grupo Mixto (10 escaños). A finales de 1982 sólo cuatro Autonomías se encontraban en funcionamiento: Andalucía, Cataluña, Galicia y País Vasco. A partir de las Elecciones Autonómicas del 8 de mayo de 1983, que coincidieron con las Elecciones Municipales, surgieron las Asambleas Legislativas de las trece Comunidades Autónomas con Estatuto distinto de las previstas en el artículo 151 de la Constitución.

Cuando Manuel Justel preparaba *Los viejos y la política*, los Estudios e Inves-

tigaciones que se publicaban sobre el comportamiento político de los españoles eran todavía escasas. Así, en la Colección Monografías, del Centro de Investigaciones Sociológicas, el Estudio de Justel hace el número 64, y de tal Colección sólo dos Monografías, la número 1 y la número 5, habían estado dedicadas, respectivamente, al análisis de los datos del Referéndum Nacional sobre la Reforma Política y la evolución de la ideología política, intención de voto y conducta electoral de los ciudadanos a lo largo del período 1976-1977. Igualmente y en relación con la existencia de una Sociología de la Vejez en España, estaban recientes las aportaciones en la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* de José E. Rodríguez Ibáñez («Perspectiva Sociológica de la Vejez», *REIS*, 7, 1979, pp. 77-97), Ignacio Casals («Hacia una Sociología de la Vejez en España», *REIS*, 11, 1980, pp. 91-111) y José Antonio Nieto Piñero («En torno a "Perspectiva Sociológica de la Vejez"», *REIS*, 14, 1981, pp. 113-118).

Por estas y otras razones, el estudio de Justel, al centrarse en el comportamiento político de los mayores de 60 años, aunaba dos temas de gran interés sociológico, que supo abordar con artesanía intelectual, al decir de C. W. Mills, y con profundo conocimiento práctico de la realidad política española, ajustándose a un análisis descriptivo y explicativo de acuerdo con la consistencia de los datos existentes y de las técnicas disponibles.

Juan Díez Nicolás, en el Prólogo del libro que comentamos, señalaba la doble importancia de la Monografía de Justel: importancia académica al llenar un vacío de los estudios empíricos

sobre los viejos en España e importancia política porque, dado el peso de los viejos en el electorado, el conocimiento de sus actitudes y comportamientos políticos se hacía, y se hace, necesario para todas las formaciones políticas. Como afirma Víctor, un personaje de Miguel Delibes en *El disputado voto del señor Cayo*, los viejos también votan. Esos viejos que con tanta fuerza plasmó El Cubri en el diseño de la portada del libro de Manuel Justel.

Aparte de la Introducción y el Anexo Bibliográfico, el libro se estructura en torno a cuatro puntos de interés: *a)* análisis demográfico; *b)* los ancianos ante sí mismos y ante la sociedad; *c)* la participación política en la tercera edad, y *d)* la orientación política de los ancianos en España.

En la breve Introducción plantea Justel la escasa atención dada por la Sociología española a la población anciana. De forma sucinta, da cuenta del marco de referencia teórico que en el ámbito internacional, hasta aquel momento, se había desarrollado sobre la vejez. Así, enuncia las teorías del *envejecimiento exitoso*, para unos teorías de la *actividad* y para otros teorías de la *adaptación*, paliativos de la ruptura con la actividad profesional mediante la realización de actividades supletorias; las teorías del *disengagement* explicativas del desenganche del viejo de sus compromisos sociales, así como las teorías basadas en las *relaciones interpersonales* o las relacionadas con una *subcultura de la vejez*. Estas teorías sirven de marco para señalar el estado de la cuestión desde donde se explica y predice, papel básico de la teoría, la conducta del anciano en la literatura sociológica examinada por Justel.

El primer apartado de *Los viejos y la política* es el relativo al análisis demográfico de nuestro país. En este apartado se presenta el proceso de envejecimiento de la población española. Como definición operativa considera como *viejos a los mayores de 60 años*, adoptando este criterio para el análisis demográfico. El envejecimiento progresivo de la población española se hace evidente en el incremento de la proporción que, sobre el total, corresponde a la población de más de 60 años. Así, de 1960 a 1980 la proporción de población anciana había pasado del 12,25 al 15,14 por 100. Esta tendencia proyectada por Justel para años posteriores ha sido, en efecto, confirmada por el Censo de Población de 1991, en que el 19 por 100 de la población española era mayor de 60 años. Esta proporción ha superado las previsiones que en los años ochenta se hacían para 1990 y 1995. Igualmente se analiza el peso de los mayores de 60 años sobre la población electoral, que en 1980 suponía el 21,90 por 100 del Censo Electoral. La proporción de dicha población en 1991 era del 25,49 por 100, confirmando lo previsto por Justel respecto a que de cada cuatro electores uno tenía ya 60 años cumplidos.

El apartado concluye con un Anexo estadístico sobre el movimiento natural de la población española de 1858 a 1970, y sobre la evolución provincial de la población de más de 60 años.

En el apartado dedicado a los ancianos ante sí y ante la sociedad, enfrenta Justel la imagen que los ancianos tienen de sí mismos y de su situación frente a la sociedad con la serie de tópicos que, desde la sociedad, se atribuyen a los ancianos. Partiendo del supuesto

de que, a nivel de comportamiento y actitudes en general y también de las de tipo político, tendrá más peso su propia autopercepción personal y situacional que lo que de ella se predica desde la sociedad, se formulan cinco hipótesis fundamentales: *a)* la percepción personal que los ancianos tienen de sí mismos en términos de satisfacción ante la vida contrasta con la imagen negativista que les atribuye la sociedad; *b)* la afirmación de que la población mayor de 60 años constituye un colectivo marginal, descontento y abandonado en su conjunto no es percibida de forma generalizada por los ancianos, sino sólo por algunas minorías; *c)* la percepción y valoración de la problemática social por parte de los ancianos coincide con las del resto de la población adulta; *d)* la mayoría de los ancianos participan de una mejora o progreso generacional en comparación con sus progenitores, y *e)* inexistencia de evidencia empírica suficiente que revela la emergencia de una subcultura de la ancianidad en España capaz de influir organizadamente en la marcha de la sociedad. Estas hipótesis son contrastadas empíricamente con los datos de los estudios realizados por el Centro de Investigaciones Sociológicas: el estudio 1259, de diciembre de 1980, de cuya muestra de 25.000 personas mayores de 18 años, 5.562 personas eran mayores de 60 años; el estudio 1304, de marzo de 1982, con una muestra de 1.593 entrevistas a mayores de 60 años, y el estudio 1307, de abril de 1982, con una submuestra de 5.461 personas mayores de 60 años y una muestra total de 25.077 mayores de 18 años.

En el análisis relativo a la satisfac-

ción de los mayores con aspectos de su vida personal, la familia, la vivienda y el tiempo libre destacan por la alta frecuencia de satisfacción, disminuyendo la satisfacción, equiparándose a la insatisfacción, en lo concerniente a la salud, y se constata la mayor insatisfacción de los mayores con sus ingresos económicos. Respecto a las preocupaciones básicas de los mayores de 60 años, éstas coinciden con lo que dice tener toda la población adulta: el paro, el terrorismo y el nivel de precios eran las preocupaciones básicas de la sociedad, de todos los grupos de edad, en los primeros años de la década de los ochenta, siendo las autonomías, las relaciones internacionales y el peligro de guerra internacional aquellas situaciones de la vida social que menos preocupaban a los ancianos.

La incidencia del sexo, el nivel educativo, los ingresos y la ideología política en el grado de satisfacción e insatisfacción con los distintos aspectos de la vida personal de los mayores de 60 años es analizada por Justel, destacando que dichas variables introducen pequeñas variaciones, siendo, en consecuencia, poco discriminantes respecto al nivel o grado de satisfacción. No obstante, se destaca la clara correspondencia entre nivel de ingresos y satisfacción: las personas con ingresos muy bajos se muestran mayoritariamente insatisfechas, las de ingresos medios se dividen a la mitad de satisfechas e insatisfechas, y las de ingresos altos se muestran satisfechas en su mayoría. En general, afirma Justel, subyace una correspondencia bastante evidente entre privación relativa a nivel educativo y de ingresos y frecuencias más altas de insatisfacción.

La participación política de la tercera edad es el apartado capital del libro de Justel. Tomando como referencia principal el estudio de José María Maravall sobre la participación política (*La política de la Transición*, Taurus, Madrid, 1982), se describían las pautas participativas de los ciudadanos españoles a través de un amplio abanico de indicadores. Los datos referidos al año 1980 evidenciaban, en el análisis de Maravall recogido por Justel, una clara asociación entre posición de la izquierda en el espectro ideológico y participación política más frecuente, así como una correspondencia entre participación política más frecuente y más altos niveles educativos.

Los referentes teóricos sobre la relación entre participación política y edad repasados por Justel son los trabajos de Gosnell, Tingsten y Milbrath que afirmaban el aumento de participación según aumentaba la edad, y que alcanzaba su cota máxima entre los 40 y 50 años, declinando gradualmente a partir de los 60, así como los trabajos de Nie, Verba y Kim que, al poner en relación la participación con el nivel educativo de los diferentes estratos de edad, evidenciaban la casi desaparición de la influencia de la edad en el comportamiento del voto.

En este marco teórico se realiza un minucioso análisis descriptivo de carácter bivariado.

Con relación a la influencia del nivel educativo en la participación política, y partiendo de que en España las diferencias educacionales eran y siguen siendo muy grandes entre los diferentes grupos de edad, las principales conclusiones obtenidas por Justel se centran en las siguientes: a) tanto en la pobla-

ción general como en la población de más de 60 años, la variable educación introduce variaciones importantes en el grado de participación política en sus diferentes formas, siendo mayor a medida que aumenta el nivel educativo de los sujetos, mínima en los niveles inferiores y alcanza su cota máxima en los niveles medios; *b*) de acuerdo con lo anterior, se estima que no hay relación directa entre altos niveles de participación política y más alto nivel educativo. Los titulados superiores, que son una reducida minoría de los ancianos españoles, participan menos y están menos dispuestos a participar políticamente que los que tienen niveles educativos intermedios.

La explicación dada a esta situación se justifica en función del grado de privación relativa experimentada por los ancianos: a mayor nivel educativo y más alto nivel de renta, menor grado de privación relativa y, en consecuencia, descenso en la participación política.

El aspecto cognitivo de la participación política (grado de información política, conocimiento de la política exterior y grado de comprensión política) es constatado como menor en los mayores de 60 años, respecto a los demás grupos de edad, si bien en todos ellos es mayoritaria la proporción de quienes se consideran poco enterados de las cuestiones políticas. La afirmación general de que la mayoría de los ancianos españoles tiene poco internalizado su rol de ciudadano es matizada en función del nivel educativo y de la ideología. Así, los niveles educativos en los que el compromiso afectivo con la política y la democracia resulta más elevado son los intermedios, teniendo más internalizado el rol de ciudadano

los ancianos que presentan un posicionamiento ideológico de izquierda.

Con relación al abstencionismo electoral, se parte de una información limitada, que permite detectar la abstención declarada y las causas de tal abstención de acuerdo con las contestaciones de los entrevistados. El análisis de los datos de encuesta evidencia que la propensión a la abstención y la abstención misma disminuye con la edad, alcanzando su cota más baja entre los 35 y los 60 años, aumentando luego progresivamente, aunque sin llegar a frecuencias tan altas como las que se registran entre los más jóvenes. La caracterización sociológica de los mayores de 60 años que se declaran abstencionistas es realizada en base al sexo, la religiosidad, la autodeterminación ideológica, el nivel de estudios y la profesión.

Las tasas de abstencionismo son más altas en las mujeres, en los católicos practicantes, en los que se autoposicionan en el centro y la derecha del espectro ideológico y en quienes tienen niveles bajos de estudios. Sólo entre los mayores de 75 u 80 años, afirma Justel, cabe pensar que son sus condiciones físicas o psíquicas deterioradas las que impiden su participación electoral.

El último apartado está dedicado a la orientación política, entendida ésta como una actitud multidimensional de los individuos y los grupos frente a las diferentes manifestaciones culturales y organizacionales de la política. Dos son los indicadores analizados: la autocalificación política y la autoubicación ideológica. Los mayores de 60 años, según los datos de 1982, aparecían como un colectivo más rechazado que el de la población general y presen-

taban las siguientes diferencias: *a*) concentración máxima en el centrismo, frente a la concentración máxima de la población en el socialismo no marxista; *b*) ausencia de ancianos que se autocalificaran con posiciones ideológicas del PCE, y *c*) proporción ligeramente superior de no identificados con ideología alguna. El autoposicionamiento en una escala de ideología izquierda-derecha (posición 1, extrema izquierda, y posición 7, extrema derecha) corrobora los resultados tenidos con el indicador de autocalificación. Mediante un análisis de segmentación del colectivo de ancianos se evidenciaba el alto grado de homogeneidad ideológica que caracterizaba a la población española de más de 60 años. Prácticamente, concluye Justel, el 95 por 100 se ubica entre los puntos 3 y 5 de la escala y más del 60 por 100 muy próximos al punto 4, que era el centro teórico de la misma. Afirmando, asimismo, que las variaciones ideológicas se explican en

mayor medida por diferencias religiosas y de estudios que por el resto de las variables analizadas.

Una amplia bibliografía cierra este libro, que no fue reseñado en su día en esta Revista, y que al mantenerse la estructura demográfica de nuestra sociedad conserva, aparte de su valor intelectual, el valor de ser un referente imprescindible. La obra de Justel pide ser continuada, ahora que se dispone de más datos sobre las actitudes y comportamientos políticos de los españoles y de un mayor desarrollo metodológico, pues, sin duda, sus conclusiones pueden ser empleadas como hipótesis y proposiciones de nuevas investigaciones.

Profesional honesto y comprometido, además de amigo y compañero noble, deja Justel un enorme vacío en el área de la Sociología Política y entre quienes trabajamos con él día a día.

M.<sup>a</sup> Pilar ALCOBENDAS TIRADO

MANUEL CASTELLS y LOURDES PÉREZ ORTIZ

**Análisis de las políticas de vejez en España en el contexto europeo**  
(Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, INSERSO, 1992)

Esta publicación corresponde a un informe de investigación que realizaron Manuel Castells y Lourdes Pérez Ortiz para el INSERSO, en el que principalmente analizan los datos más importantes sobre el envejecimiento en España relacionándolos con Europa y sugieren unas reflexiones sobre los diferentes planteamientos que van surgiendo a lo largo de la investigación.

El fenómeno social del envejecimiento de la población en los últimos años del siglo XX, en las sociedades más desarrolladas, se debe principalmente al aumento de la esperanza de vida y a la caída del índice de fecundidad, lo que conlleva un incremento en el número de años vividos por la población y una mejora del nivel y calidad de vida. Estimaciones y proyecciones

realizadas por las Naciones Unidas (*Documentos de la Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento*, CIGS, París, 1984) nos dicen que en el año 2025 habrá 1.121 millones de personas de más de 60 y más años en todo el mundo; esto supone un aumento del 224 por 100 desde el año 1975. En este mismo período (1975-2025) la población total mundial aumentará de 4.100 millones a 8.200 millones, es decir, un 102 por 100, lo que significa que la proporción de personas mayores aumentará del 8,5 al 13,7 por 100. Este proceso de envejecimiento es muchas veces valorado de forma negativa, sobre todo cuando se cuestiona la financiación de los sistemas de pensiones o de protección social; valoración que Castells y Pérez Ortiz no la consideran adecuada y estiman que es preciso contemplar las tasas de actividad femenina, que en este tipo de sociedades son bajas, y la posibilidad de que muchas personas que están fuera del mercado laboral (mayores de 50 años) puedan integrarse de nuevo a él.

En el análisis que se hace sobre el envejecimiento demográfico de la Unión Europea se resalta que la esperanza media de vida de los europeos ha aumentado considerablemente entre los años 1950 y 1980, siendo España y Portugal los países donde más se ha incrementado, si bien datos más recientes (EUROSTAT, *Informes rápidos: población y condiciones sociales, personas de edad avanzada en la Comunidad Europea, población y empleo*, Bruselas, 1993) sitúan la acentuación, para el período entre 1950 y 1992, en más de trece años para los varones y en más de dieciséis para las mujeres en el primer país, y en casi quince años para los

varones y en más de dieciséis para las mujeres en el caso del segundo país. Asimismo, la esperanza de vida de los europeos mayores de 60 años, en la etapa 1950-1980, también aumentó: en los varones en un año y en las mujeres en más de tres años. Un segundo fenómeno que puede explicar el envejecimiento demográfico es la caída de la natalidad. El valor mínimo necesario para que quede asegurado el reemplazo de una generación es 2,1 hijos por mujer, y en la actualidad los países europeos, a excepción de Irlanda, están por debajo de ese nivel. El número de hijos por mujer, por término medio, se ha reducido en 0,92 en los últimos veinte años. El descenso de las tasas de fecundidad en los países europeos implica que están condenados a envejecer; cuanto más intenso y rápido sea, mayor será el envejecimiento demográfico, y se llevará a cabo en un período de tiempo más corto.

En cuanto a las proyecciones de la población española, los autores destacan diversas fuentes de datos y opinan que el proceso de envejecimiento futuro se va a caracterizar de la siguiente manera: *a)* Desde 1986 hasta el principio del próximo siglo se producirá un crecimiento intenso de la población anciana, el grupo de 65 y más años aumentará en cifras absolutas en 1.679.500 personas. En los veinte años siguientes el ritmo será más lento, recuperándose el ritmo inicial a partir del año 2021. Es en la última década estudiada (2000-2010) cuando este grupo disminuirá sus efectivos en unas 550.000 personas. *b)* La población anciana experimentará un proceso de envejecimiento interno, con un considerable aumento del grupo de 80 y

más años de edad. c) El proceso de envejecimiento de la población española será muy diferente en cada una de las comunidades autónomas y provincias. La población anciana se concentrará en Madrid y en Barcelona, aunque las provincias más envejecidas serán Avila, Burgos, Guadalajara y Huesca. En las comunidades autónomas se distinguirán tres grupos: comunidades con bajo crecimiento de la población anciana (Extremadura, Castilla-La Mancha, La Rioja, Baleares, Asturias, Galicia, Aragón, Cantabria, Castilla y León y Comunidad Valenciana), comunidades con crecimiento medio (Cataluña, Andalucía y Murcia) y comunidades con crecimiento alto (Madrid, País Vasco y Canarias). Estas estimaciones y proyecciones no han considerado posibles movimientos migratorios importantes de personas mayores desde las zonas tradicionalmente inmigratorias hacia las zonas de las que son originarios los antiguos migrantes, y desde el extranjero (países europeos sobre todo) hacia las áreas turísticas españolas. Tampoco se han tenido en cuenta posibles inmigraciones de población joven de otros países.

En los países industriales el fenómeno social del envejecimiento demográfico se ha dado en el Estado del Bienestar, produciéndose una interrelación entre los dos. A la vejez hay que considerarla a través de dos procesos institucionales: la jubilación y el sistema de pensiones, procesos que dependen, aunque no exclusivamente, de las políticas y de las acciones del Estado. El debate actual (OCDE, *El futuro de la protección social y el envejecimiento demográfico*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1990; OIT,

*De la pirámide al pilar de población*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1990) se sitúa en la relación entre el proceso de envejecimiento y la crisis de identidad que atraviesa el Estado del Bienestar, poniendo el interés en el análisis del futuro de la protección social como consecuencia del envejecimiento demográfico. En los últimos treinta años, en los países más desarrollados los gastos sociales han crecido a un ritmo más rápido que el gasto público total; sin embargo, en España, si bien se duplican tanto el gasto público como los gastos sociales, su crecimiento comparado con respecto al PIB está por debajo de los países de la Unión Europea. El gasto público ha aumentado debido principalmente al crecimiento de los gastos sociales; esta situación no se ha dado en nuestro país, pues el incremento de ambos gastos ha sido muy similar.

Esta tendencia alcista de los gastos sociales se va a romper a partir de los años ochenta en la mayoría de los países de la Unión Europea; en España se incrementará el porcentaje de ellos en el PIB en 0,6 puntos. Según Castells y Pérez Ortiz, esto nos indica que el sistema de protección social español está por debajo de la media de los países comunitarios. En cuanto a la estructura de los gastos sociales por funciones, en nuestro país, al igual que en la mayoría de los países desarrollados, la función que tiene un mayor grado de participación es la de protección a la vejez, que ha pasado del 46,6 al 48,5 por 100 en el período que va de 1984 a 1990, siendo superior a la media de los países europeos en más de cuatro puntos. La función de protección al empleo, para el mismo período, ha

aumentado en España del 15,6 al 16,3 por 100, que es más del doble que la media de la Unión Europea. Sin embargo, las funciones de sanidad y familia en los gastos sociales españoles están por debajo de la media europea; en 1990, España destinó a gastos sanitarios el 33,4 por 100 y a protección de la familia el 1,5 por 100 de los gastos sociales, mientras que la media europea ha sido del 37,5 y el 7,7 por 100, respectivamente.

Los gastos sociales destinados a la protección de la vejez en España, en cuanto a su participación en el PIB y en cuanto a su cobertura por anciano, están en unos niveles más bajos que la media de los países europeos, como consecuencia de los bajos niveles económicos en los que se encontraba el país antes de la transición democrática. A partir de ese momento el gasto de la Seguridad Social se multiplicó casi por 14; este incremento fue debido al crecimiento del número de pensiones y del aumento de las cantidades económicas a percibir; variables que tienen más que ver con las políticas sociales que con factores demográficos.

A la hora de realizar proyecciones sobre la evolución de los gastos sociales, Castells y Pérez Ortiz opinan que hay que tener en cuenta la evolución de las demandas sociales, ya que éstas en las próximas décadas variarán con respecto a las actuales, como consecuencia de que los ancianos tendrán características sociales, económicas y culturales distintas a las de las personas ancianas de hoy. Los viejos de ahora y los del futuro próximo son productos de sociedades muy distintas, pues la vejez es una categoría dentro de una sociedad que evoluciona en el transcurso del tiempo.

Otro de los aspectos que se analizan en este informe es el relativo al bienestar económico de los ancianos. En la década de los sesenta los gobiernos de los países europeos consideraron básico tratar de garantizar un mínimo bienestar económico para los ancianos. Hasta los años setenta los viejos eran los pobres de las sociedades industriales; es en los primeros años de los setenta cuando comenzaron a dejar de serlo en la mayoría de los países europeos. Las rentas de los ancianos aumentaron rápidamente, llevando consigo una seguridad económica de los mismos, aunque no hay que olvidar que esta situación no es igual para todos, pues un porcentaje del grupo de los más ancianos está en situación de relativa pobreza, y entre éstos sobre todo las mujeres. Desde los años setenta el nivel de renta de los ancianos europeos está entre el 75 y el 95 por 100 de la renta nacional media, y su nivel de vida se puede comparar al de otros grupos de edad, e incluso es superior en algunos casos. De esta manera la imagen del anciano cada vez se asocia menos a la pobreza, y esto es fruto de un cierto éxito de los sistemas públicos de jubilación. Este logro de las políticas sociales europeas supondrá un cambio de las imágenes y representaciones sociales de la vejez.

En España, según los autores del informe, la población anciana no ha alcanzado todavía un bienestar económico equiparable a la Comunidad Europea, pues tanto el sistema público de pensiones como la cuantía de las prestaciones son más bajos que los europeos, aun reconociendo el trabajo realizado en los últimos años. Para llegar a esta conclusión analizan el siste-

ma de pensiones y la pobreza de los ancianos. Con respecto al sistema de pensiones inciden en los factores que más influyen en el crecimiento del gasto en pensiones, y que son la evolución de los precios al consumo, la tasa de crecimiento del número de pensionistas y el aumento del nivel real de las prestaciones. En la actualidad, la gran mayoría de las personas mayores de 65 años dependen económicamente del sistema público de pensiones; el 90 por 100 de estas personas son pensionistas de la Seguridad Social, y el 8 por 100 son beneficiarios de pensiones no contributivas. En la década de los ochenta ha aumentado el número de pensiones, así como la cuantía de ellas, sobre todo de las más bajas. El nivel de ingresos de las personas mayores de 65 años ha aumentado entre los años 1982 y 1991 en un 30 por 100 para las personas casadas, y en un 40 por 100 para las personas viudas. No obstante, el nivel medio de ingresos es bajo, y aún persisten importantes desigualdades. Es a partir de 1990 cuando las subidas de las pensiones se adaptan automáticamente al IPC, y la pensión mínima de una persona casada mayor de 65 años es igual al salario mínimo interprofesional; asimismo, la ley de pensiones no contributivas (1990) es un paso muy decisivo en la lucha contra la pobreza, ya que elimina la categoría de ancianos sin ingresos.

El modo de vida de los ancianos españoles también es analizado relacionándolo con la vida familiar e institucional y con las nuevas alternativas de convivencia. Uno de los objetivos más importantes de las políticas sociales actuales es mantener a las personas ancianas el mayor tiempo posible en su

entorno de vida habitual. Sin embargo, para lograr este objetivo es necesario que las viviendas tengan unas condiciones mínimas de habitabilidad, accesibilidad y adaptación funcional a las posibles discapacidades sensoriales y motrices de las personas más mayores. En un estudio realizado por el INSERSO (*Características y necesidades de los mayores en la España actual*, Madrid, 1990), el problema de la vivienda de los ancianos se encuentra en la altura de la misma, la ausencia de ascensores y la carencia de calefacción, agua caliente, instalaciones sanitarias y teléfono. Este conjunto de problemas constituye una barrera de aislamiento de las personas ancianas en relación con el mundo exterior, del medio social en el que han pasado gran parte de su vida anterior. A estos problemas de la vivienda habitual hay que añadir las barreras arquitectónicas del entorno exterior, y de las dificultades que tienen los ancianos para su movilidad mediante los transportes públicos. Para Castells y Pérez Ortiz, el poder alcanzar el objetivo de mantener al anciano en su hogar dependerá del desarrollo de una adecuada política de vivienda, que en la actualidad se está centrando en la concesión de ayudas financieras para la mejora y rehabilitación de la vivienda y en la reserva de viviendas de nueva construcción. Otro de los aspectos que dificultan el logro de ese objetivo, según su opinión, es el alto porcentaje de ancianos (19 por 100) que viven en soledad, más de la mitad son ancianas y muchos de ellos no tienen un núcleo familiar estable.

Otros instrumentos que se considerarán importantes para desarrollar una política social comunitaria son las

viviendas tuteladas y el acogimiento familiar. Las distintas administraciones públicas y diversas organizaciones no gubernamentales han puesto en funcionamiento alojamientos en los que un grupo de ancianos residen en una misma vivienda que es tutelada y asistida técnicamente por las instituciones mencionadas, disfrutando de esta manera de un grado aceptable de autonomía personal. En cuanto al acogimiento de ancianos en núcleos familiares, las políticas dirigidas a ello han intentado favorecer el mantenimiento de los mismos en sus hogares el mayor tiempo posible, apoyar a las familias con alguna persona mayor a su cargo y facilitarles la inserción en otros núcleos familiares.

El desarrollo de estas políticas comunitarias es muy reciente en Europa, y sobre todo en España. El servicio de ayuda a domicilio es el más consolidado en nuestro país; mediante este servicio se pretende dar una atención integral a las necesidades individuales de los ancianos dentro de su domicilio, que son predominantemente de tipo social y sanitario. Los mayores inconvenientes en la ejecución de la ayuda a domicilio son su elevado coste, la falta de coordinación entre los distintos servicios afectados y la necesidad de una mayor y mejor cualificación del personal que presta este servicio.

Asimismo, también estiman que las residencias asistenciales para la población anciana son un recurso necesario para atender la demanda existente de una parte de este grupo social y es importante la creación de nuevas plazas asistenciales. Inciden en que el debate de los próximos años versará sobre la configuración de las nuevas

instituciones y la potenciación de la iniciativa privada.

El último capítulo es el dedicado a resumir las conclusiones más pertinentes y realizar una serie de recomendaciones. Reconocen que las actuaciones políticas llevadas a cabo hasta el momento son esencialmente protectoras y deben orientarse hacia actuaciones integradoras y solidarias, sin olvidar que han de seguir garantizando unos mínimos imprescindibles. Consideran que las características de las nuevas políticas sociales deben contemplar: flexibilidad, seguridad, fomento de la integración social, fomento de la autonomía personal, coordinación y descentralización, innovación y responsabilidad presupuestaria. También son destacables las reflexiones sobre que las políticas sociales europeas no son totalmente trasladables a España, puesto que aquí aún es necesario continuar aumentando las pensiones, ampliar el número de plazas residenciales y acentuar los servicios sociales dirigidos a mantener al anciano el mayor tiempo posible en su entorno habitual. Afirman, finalmente, que lo fundamental es redefinir socialmente la vejez en la conciencia ciudadana, reivindicándola como un momento específico de la vida.

En definitiva, estamos convencidos de que la publicación de *Castells y Pérez Ortiz* es una muy positiva contribución al panorama de libros existentes sobre la vejez y el envejecimiento en España, así como una esmerada aportación a la sociología de la vejez.

Octavio UÑA JUÁREZ  
José María BLEDA GARCÍA

R. BENATAR, R. FRÍAS y A. E. KAUFMANN  
**Gestión de las residencias de la tercera edad**  
 (Bilbao, Ediciones Deusto, 1993)

La intención de este libro, su título así lo explicita, es ofrecer un conjunto de criterios y conocimientos que faciliten la gestión de las residencias de ancianos. Su lectura, sin embargo, necesaria para cualquier profesional relacionado con la tercera edad, se convierte en una reflexión sobre el proceso de envejecimiento personal y colectivo. La evidencia del actual crecimiento demográfico, en que la proporción de los mayores de 65 años va teniendo un mayor peso respecto a la población total, así como las variaciones experimentadas en el mercado de trabajo a consecuencia de las jubilaciones anticipadas y una renovada inquietud social acerca de los problemas de los mayores, han desembocado en la necesidad de profundizar en los aspectos psicológicos y sociológicos que atañen a la vejez, a la par que en los aspectos organizativos de las instituciones dedicadas a ella. Tristemente acostumbrados a las noticias informativas en que se destacan situaciones de abandono y explotación económica de ancianos malviviendo en lamentables condiciones residenciales, el libro de Benatar, Frías y Kaufmann aporta una corriente de esperanza al ofrecer un análisis detallado de los complejos medios, personales y materiales, con que contribuir a una efectiva gestión organizativa de la vejez.

Trabajar con la tercera edad exige, obviamente, conocer la psicología de la vejez, los principios de evolución y desarrollo de las organizaciones, así como los servicios y necesidades personales y organizativas de los profesiona-

les que rodean al anciano institucionalizado.

Envejecer es un proceso múltiple, peculiar para cada persona, en que inciden la vejez biológica, deterioro natural del organismo; la vejez psicológica, la percepción individual de la vida y de sus expectativas, y la vejez social, vinculada a la actividad personal y a los valores culturales del grupo.

Las limitaciones físicas y la pérdida de ingresos, relaciones y personas cercanas llevan en ocasiones a situaciones de hostilidad, culpabilidad y depresión. La dependencia, el aislamiento y la soledad se convierten entonces en reacciones del anciano.

La jubilación como cese de la actividad laboral rompe con un modo de hacer tejido de costumbres y rutinas, de encuentros, de afanes y frustraciones. En la mayoría de las ocasiones, lejos de ser motivo de júbilo, la jubilación se convierte en un nuevo motivo de pérdidas: de estatus, de prestigio, de ingresos económicos. Con la jubilación se modifica la relación del individuo con el tiempo y con el entorno familiar; por ello, como destacan los autores, se hace preciso una preparación para la jubilación que oriente la organización del ocio y de la actividad del jubilado.

Un aspecto olvidado de la vejez, al que el libro que comentamos dedica un apartado específico, es el relativo a la actividad sexual. La idea culturalmente dominante es la de que la actividad sexual es propia de los jóvenes al estar unida intrínsecamente a la repro-

ducción. La relación juventud, belleza, sexualidad, potenciada por la publicidad y los medios de comunicación, lleva al rechazo o al olvido de la sexualidad de los mayores. Las investigaciones ya clásicas de Masters y Johnson evidenciaron que si bien las reacciones sexuales de los mayores son distintas a las de los jóvenes, sin embargo, el envejecimiento no significa el fin de la actividad sexual. Casi ignorada en la literatura geriátrica, la vida sexual en las residencias de ancianos es abordada a través de las investigaciones de D. B. Miller (1975), Wasow y Loeb (1979) y Latorre y Kear (1977), que reflejan tanto las pautas de los establecimientos como las expectativas sexuales de los residentes y la actitud del personal de las residencias hacia los comportamientos sexuales de los mayores. La importancia de este tema pide la realización de nuevas investigaciones con el fin de conocer cómo se vive la sexualidad de los mayores internados. En el último apartado del capítulo dedicado a la Psicología de la vejez se analiza el papel de los ancianos en la familia y el papel que ésta juega en la vida del anciano.

Trabajo gerontológico y estrés son analizados en el capítulo segundo de la obra que reseñamos. La vida cotidiana de los ancianos puede estar condicionada por una serie de prejuicios y estereotipos sociales que consideran la vejez como una situación de pasividad, admitida e incluso potenciada, lo que puede producir en quienes trabajan con ancianos una actitud de indiferencia y desapego. Si a esta situación se añade la carencia de conocimientos especializados y las peculiares características del estrés laboral y organizativo del trabajo con ancianos, es patente

que la gestión de las residencias se verá seriamente afectada.

El personal de las residencias de ancianos efectúa su actividad en un ambiente en que los internados experimentan un proceso de progresivo deterioro a medida que pasa el tiempo y que desemboca en la muerte. Y esta situación se desarrolla en una organización con una infraestructura y estructura determinadas, en que se simultanean departamentos y grupos profesionales de distinta especialización o cometido. Las personas que trabajan con ancianos viven un sentimiento de elevada exigencia por parte de éstos, quienes a su vez manifiestan sentimientos contradictorios, estando su función sometida a tensiones tanto por el tipo de trabajo que realizan como por el desarrollo y crecimiento de las propias residencias. Los efectos emocionales, psicosomáticos y orgánicos del estrés en el trabajador llevan a una disminución del rendimiento laboral, a una elevada rotación y a una crecida tasa de enfermedad y de siniestralidad que se traduce en la organización en una disminución de la productividad, un deterioro de las relaciones laborales, un incremento del absentismo y un aumento de las cargas económicas.

La organización del envejecimiento es analizada en el capítulo tercero.

El estudio de los centros o residencias de ancianos exige un marco teórico que facilite la comprensión de la problemática que en ellos se plantea. La teoría de las organizaciones complejas, la del comportamiento en las organizaciones y los estudios residenciales concretos apuntan que estas organizaciones van evolucionando de una estructura simple a una burocracia profesio-

nal que requiere mayor coordinación y profesionalización de los mandos intermedios. Y esto es extensivo tanto a las organizaciones con ánimo de lucro como a las no lucrativas, ya que aunque éstas no buscan el beneficio económico, sin embargo, sí buscan la eficiencia, lo que, sin duda, requiere gestores cada vez más preparados.

El crecimiento organizativo, entendido como madurez o como incremento de su tamaño, está sujeto a riesgos y tensiones. En fases organizativas iniciales los integrantes de la organización han de efectuar un abanico de tareas, lo que impide la rutinización, si bien la falta de delimitación de las funciones puede llevar a futuros conflictos. A medida que la organización crece, se limitan las informaciones informales y se potencian los procedimientos formales. El crecimiento presenta un reto al incidir en la cultura, la coherencia y la efectividad organizativa, lo que exige de las organizaciones el desarrollo de nuevas estrategias, de consecuencias estructurales significativas. Es evidente que el crecimiento de la organización supone una mayor división del trabajo y una efectiva coordinación de las diversas tareas.

Las autoras destacan que, en este punto, las organizaciones residenciales coordinan el trabajo de sus miembros a través de los siguientes cinco mecanismos: adaptación mutua, supervisión directa, normalización de los procesos de trabajo, normalización de los resultados del trabajo y normalización de las habilidades del trabajador.

Respecto a la adaptación de los ancianos al medio residencial, es obvia la dificultad que entraña la iniciación y adaptación de un nuevo ritmo y estilo

de vida, que implica una pérdida de estatus o un déficit que no les permite vivir de forma autónoma. Es por ello que la adaptación al centro gerontológico puede presentar distintas modalidades, tales como: ensimismamiento, agresión, integración y sumisión.

La importancia del equipo gerontológico multidisciplinar es tratada en el capítulo cuarto. Los recursos humanos que precisa un equipo especializado en psicogeriatría se centran en los siguientes profesionales: *a)* médicos generales y geriatras; *b)* enfermeras y auxiliares de enfermería; *c)* psicólogas clínicas y sociales; *d)* trabajadores sociales y sociólogos especializados en tercera edad; *e)* kinesiólogos; *f)* terapeutas ocupacionales. Sin entrar en la descripción de las tareas específicas de cada profesional, es preciso apuntar que la actuación del equipo de psicogeriatría se relaciona con todo el entorno comunitario, ya que, entre otros aspectos, agrupa conocimientos, técnicas y recursos, y que todos comparten la responsabilidad de los resultados. La evaluación del equipo psicogerontológico es una de sus funciones esenciales con el fin de poder elaborar nuevas estrategias de trato y cuidados ajustados a los residentes.

El libro de Benatar, Frías y Kaufmann concluye con la aportación de un interesante repertorio de técnicas tales como: ficha social, modelo de primera entrevista, cuestionario de motivaciones, tensiones del personal que trabaja en residencias de tercera edad, lo que le convierte en un necesario instrumento para el mejor conocimiento del modelo residencial.

M.<sup>a</sup> Pilar ALCOBENDAS TIRADO

OECD  
**Caring for Frail Elderly People. New Directions in Care**  
 (París, OECD, 1994)

El envejecimiento de la población ha llegado a ser un tema prioritario en el debate sobre la futura configuración del Estado del bienestar debido a las repercusiones que se considera puede tener en el campo de la política social. Partiendo de la base de que las necesidades de atención social de los individuos difieren en función de su edad, la conclusión obvia a la que se llega es a la de que los cambios en la estructura demográfica de una sociedad provocados por el envejecimiento de su población conllevarán cambios en su estructura de necesidades sociales y, por lo tanto, requerirán ajustes en sus sistemas de protección social. Esta es la premisa de la que parte esta obra, y su intención es colaborar en el esfuerzo colectivo que todas las sociedades occidentales deben realizar para adaptar la estructura y gestión de sus servicios sociales, así como las prestaciones que ofrecen, a la nueva situación.

La relación entre envejecimiento de la sociedad y política social ha sido ya tratada en anteriores trabajos de la OCDE, como *El envejecimiento demográfico. Consecuencias para la política social*, publicado en 1988. La obra que nos ocupa difiere de esta otra en que es menos economicista y mecanicista, pues su objetivo fundamental no es realizar un modelo de simulación económica para ver si, dadas unas determinadas tendencias de evolución de ciertas variables demográficas, económicas y de gasto social, el sistema actual de prestaciones para los ancianos sigue siendo factible en el futuro, sino

que se aleja de los grandes números para descender a un nivel de estudio más concreto y práctico, buscando generar propuestas de nuevas prestaciones o mejores formas de gestión de los servicios sociales para la vejez ya existentes.

*Caring for Frail Elderly People* es una compilación de trabajos realizados por diferentes expertos ajenos a la OCDE. A lo largo de los diferentes capítulos, centrados en distintos ámbitos de la atención social a los mayores, se hace un repaso a la situación actual (qué necesidades existen y qué soluciones se les dan, realizando un análisis comparativo de los diferentes países miembros de la organización) y se proponen nuevas medidas, intentando valorar los pros y contras de su posible implementación. Los temas que se tratan son: la familia como fuente de atención para los ancianos, las políticas de vivienda destinadas a este colectivo, el papel del sector privado con ánimo de lucro en la financiación de la atención a la dependencia, y la gestión individualizada de casos como instrumento de trabajo en el sector de los servicios sociales.

La autoría del capítulo referente a la familia, en mi opinión el más interesante, corresponde a Gerdt Sundström, del Instituto de Gerontología de Jönköping, Suecia. Partiendo de la constatación empírica de que la familia es la principal fuente de atención para los ancianos con problemas de dependencia, se analizan cuáles son los cambios en la estructura familiar que pueden afectar a su potencial como oferente de

cuidados. Se considera que unos buenos indicadores de este potencial son:

— Porcentaje de personas mayores casadas. La pareja es una de las fuentes más importantes de ayuda en casos de problemas de salud crónicos. En este aspecto existen dos tendencias opuestas. Por un lado, aumenta el número de parejas que llegan juntas a la vejez. Por otro, aumenta el número de divorciados y separados entre los ancianos.

— El número de hijos que tienen las parejas de edad avanzada, ya que los hijos acostumbran también a jugar el papel de cuidadores en la red informal. En cuanto a este punto, existe una clara disminución, provocada por el descenso de la tasa de natalidad.

— Se han de tener también en cuenta los núcleos de convivencia de la población anciana (viven solos, con su pareja, con sus hijos, en una residencia...). Aumenta la proporción de personas mayores de 65 años que viven solas. La soledad es un factor de riesgo, ya que si bien no implica en todos los casos aislamiento social, sí que dificulta el que la familia pueda atender en toda su extensión las necesidades de un anciano discapacitado.

— Otro factor a considerar es la tasa de actividad de las mujeres entre 45 y 65 años. No es ningún secreto que la red de ayuda informal está constituida en su gran mayoría por las hijas adultas. Por lo tanto, si aumenta su implicación en el mercado laboral, es posible que disminuya su capacidad para atender a los miembros de edad más avanzada de su familia.

El autor, pues, analiza, a partir del estudio comparativo de estos factores

en los diferentes países de la OCDE, cuáles son los modelos actuales de atención a la vejez desde las familias y cuál es su posible evolución, para concluir que en el futuro probablemente se deberán reforzar los programas de apoyo a las familias cuidadoras si se desea que éstas sigan siendo el componente más importante de la ayuda que reciben los mayores con problemas de dependencia. El principal problema de este capítulo, por lo demás muy interesante, radica en la heterogeneidad de los datos que utiliza para efectuar las comparaciones entre los diferentes países, lo que debe hacernos ser muy precavidos con respecto a las conclusiones que de ellas se derivan.

El segundo capítulo, realizado por Anthea Tinker, del Age Concern Institute of Gerontology del King's College de Londres, remarca, en primer lugar, la paradoja de la casi inexistencia generalizada de una política de vivienda para la vejez cuando uno de los objetivos prioritarios para todos los países miembros de la OCDE es su mantenimiento en el domicilio. Este objetivo difícilmente será factible si las viviendas en las que los ancianos han de vivir no son compatibles con la exigencia de un mínimo de calidad de vida, y cuando en la mayoría de los casos la presencia de barreras arquitectónicas hace la permanencia en el propio domicilio imposible. En consecuencia, se ha de tomar consciencia de la necesidad de la implementación de este tipo de medidas, que pueden ir desde la creación de incentivos fiscales para favorecer el cambio de vivienda a la promoción de los hogares compartidos, pasando por la concesión de ayudas para la rehabilitación de domicilios muy deteriorados

o la creación de viviendas tuteladas. En todo caso, se ha de procurar una diversificación de la oferta, de manera que toda persona pueda acceder a aquel equipamiento o prestación que mejor concuerde con sus deseos. El respeto a la voluntad del anciano es el principio que ha de guiar toda actuación en este ámbito.

El siguiente capítulo, escrito por Joshua Wiener, de la Brookings Institution de Washington, trata sobre la posible implantación del sector privado con ánimo de lucro en la protección del riesgo de la dependencia y en la financiación de los costes ligados a ella. En este campo el sector mercantil es totalmente minoritario. Las medidas explicadas son, pues, posibilidades, ensayos aún por valorar. Las vías que, de momento, tienen más posibilidades son:

— El que los seguros médicos privados cubran los costes derivados de una enfermedad crónica, incluido el ingreso en una residencia. Esta posibilidad es observada con cierto escepticismo por parte de las compañías privadas, que dudan de su rentabilidad.

— La creación de planes de ahorro con los que se constituya un fondo que pueda ser utilizado para financiar la dependencia. Aún se ha de estudiar cuál sería la mejor forma de regular esta figura.

— En muchas ocasiones los ancianos no tienen liquidabilidad financiera para hacer frente a los gastos derivados de una enfermedad crónica, pero sí tienen un patrimonio en propiedad: su vivienda. Este patrimonio difícilmente puede convertirse en dinero sin empeorar aún más la situación de depen-

dencia en la que se encuentran estas personas. Se propone, por lo tanto, la generalización de un servicio bancario, tipo vitalicio, en el que el banco avanzara el valor en metálico de la casa, quedando ésta en manos del banco única y exclusivamente cuando el anciano ya no la necesitara. Esta posibilidad es vista con recelo por parte de la clientela potencial, que mantiene generalmente una idea muy aferrada de la propiedad y la herencia que hay que dejar a los hijos.

El último capítulo corre a cargo de Bleddyn Davies, director de la Personal Social Services Research Unit de la Universidad de Kent, Gran Bretaña. En él se presenta el *case management* como un instrumento de gestión de los servicios sociales que puede ayudar a superar los problemas más generales de los sistemas de atención a los ancianos en la actualidad: su fragmentación y descoordinación. Así, se explica en qué consiste la gestión individualizada de casos, las versiones que de este modelo de gestión podemos encontrar en la práctica y cuáles son las cualidades y los problemas de esta técnica, sin que, a mi entender, acabe de quedar suficientemente claro qué es lo que hace diferente a la gestión individualizada de casos de otras formas de gestión, no teóricamente, sino en el momento de su aplicación real.

En resumen, pues, el principal atractivo de este libro radica en el amplio abanico de experiencias y nuevas propuestas que recoge. Si bien es cierto que cada uno de los capítulos, a pesar de su vocación internacional, presenta un sesgo importante en el momento de valorar distintas fórmulas de atención

en función de cuál sea la nacionalidad del autor, este mismo hecho se vuelve a favor del libro pues, debido a la heterogeneidad de las procedencias de los expertos consultados, nos permite tener acceso a versiones distintas, pero siempre bien documentadas, sobre la evolución futura de los servicios de atención a la vejez. Se nos plantean, por lo tanto, sugerentes cuestiones que

en muchas ocasiones quedan abiertas, permitiendo de esta manera que sea el lector quien, a través de la reflexión, trate de encontrar su propia respuesta, alimentando de esta forma un debate enormemente necesario en el seno de nuestra sociedad.

María GALOFRÉ OLCINA

JOAQUÍN GARCÍA ROCA  
**Solidaridad y voluntariado**  
 (Santander, Sal Terrae, 1995)

La obra que vamos a reseñar es de Joaquín García Roca, profesor en la Universidad de Valencia, así como miembro del Consejo de la revista *Iglesia Viva* y de Cristianismo y Justicia, en Barcelona.

La obra está estructurada en tres partes. La primera se dedica a analizar las nuevas fronteras del voluntariado social. En el capítulo 1 («Situación y perspectivas del movimiento voluntario») se describen las oportunidades, amenazas y fortalezas del voluntariado. Este realza la participación como medio y fin del desarrollo humano. Como se ha demostrado en las movilizaciones del 0,7, «la reivindicación cultural de la solidaridad directa, más allá de los mecanismos formales e institucionales, está en la base del auge social del voluntariado» (p. 37). Conviene, sin embargo, advertir sobre los peligros que acechan al voluntariado. El recurso al voluntariado en la crisis económica es insuficiente por estar basado en jus-

tificaciones poco firmes. Como muy bien afirma el autor: «Vincular el éxito del voluntariado al fracaso del Estado de Bienestar es una fuerte amenaza... En estas circunstancias, las organizaciones voluntarias no sólo desarrollan funciones económicas esenciales, sino que recogen a todos los desilusionados de la actividad política» (p. 41).

En todo caso, el voluntariado presenta unos valores que conviene recordar: *a)* superávit de humanidad; *b)* asume de manera más o menos formal el estatuto de grupo organizado; *c)* pone voluntad a la acción y acción a la voluntad; *d)* voluntad de cambio y hace camino con las víctimas; *e)* presencia en lo público. El capítulo 2 («Itinerarios actuales del voluntariado social») recoge la cultura que subyace al voluntariado, a saber: 1) la cultura de la ciudadanía en la medida que los voluntarios son conscientes de los derechos individuales y pretenden garantizarlos y tutelarlos a los más débiles;

2) la cultura de la solidaridad. En esta dinámica se dan tres modalidades de voluntariado: *a)* voluntariado asistencial (dimensión humana de la necesidad); *b)* voluntariado de la rehabilitación (dimensión individual de la necesidad), y *c)* voluntariado de la promoción (dimensión estructural de la necesidad). En suma, «el voluntariado ha ido perdiendo su papel de “tapaagueros» y de simple “reparador”»; su intención está menos orientada a aliviar las contradicciones del sistema social o evitar que éste se desajuste, que a crear estructuras solidarias, remover las causas del sufrimiento y transformar los mecanismos estructurales que producen marginación» (p. 70).

En el capítulo 3 («El imaginario social del voluntariado») se analizan los distintos papeles o roles que ha tenido el voluntariado. En un primer modelo, las aspiraciones y necesidades humanas proceden básicamente del Estado; el voluntariado tendría un papel de suplencia (asistencia). En un segundo modelo la solución depende del crecimiento global. La perspectiva de los implicados es de beneficiarios y receptores. En el tercer modelo, que se promociona en la actualidad, la acción voluntaria va dirigida a que los sujetos frágiles sean sujetos protagonistas. No son un problema, sino una posibilidad. La segunda parte del libro la dedica Joaquín García Roca a la cultura del voluntariado. El capítulo 4 («La lógica de la acción solidaria») expone el proceso de maduración que se está dando en el voluntariado, que afecta a sus motivaciones personales, a su condición política, a los referentes culturales y a su estatuto organizativo. La acción voluntaria y la acción profesional tie-

nen el mismo fin: el bien del otro; pero lo consiguen de diversa manera. Por tanto, hay que ponerle voluntad a la razón, y viceversa. El voluntariado social nace al mismo tiempo por el amor e interés por sí mismo y por aquellos que están excluidos. La acción del voluntariado tiende a lo particular pero, en cuanto racional, tiende a lo universal y a lo general. El voluntariado actual no ve con desconfianza la exigencia de método y de competencia: «la nueva cultura del voluntariado está vinculada a la preparación: se trabaja para lograr algo, no sólo para realizarse uno» (p. 99). En el capítulo 5 («En el escenario del Don»), Joaquín García Roca analiza las tres lógicas para la asignación de los recursos: *a)* La lógica del don: ésta se ejerce para distribuir ciertos bienes sociales caracterizados por la proximidad, la comunicación y la personalización. Se estructura como alianza, se sostiene sobre estrategias cooperativas. *b)* La lógica del intercambio: ésta se sustancia en el escenario del mercado y crea espacios mercantilizados que se estructuran sobre la negociación contractual reglada por acuerdos o convenios. *c)* La lógica del derecho: preside la asignación de aquellos bienes que deben ser garantizados jurídicamente y universalizados. El escenario se sustancia en el Estado. Se estructura sobre la función reguladora y distribuidora. Las tres lógicas son interdependientes y necesarias. El fracaso de una de ellas afecta a las demás.

El capítulo 6 («La cultura de la gratuidad») describe las virtualidades del universo de la gratuidad. La cultura del voluntariado proclama que el conformismo no tiene que ser irremisiblemente nuestro destino. «La cuestión

fundamental que tiene planteada hoy el voluntariado es cómo propiciar una cultura de la solidaridad sin encubrir el conflicto» (p. 123).

El capítulo 7 («Figuras sociales del voluntariado») enumera los diferentes modelos de voluntariado que hay: 1) *El voluntariado de rehabilitación*: se prefigura como el guía. Tiene un talante personal caracterizado por sentirse afectado por el sufrimiento (p. ej., los grupos que ofrecen asesoramiento e información, los que promueven el protagonismo de las personas mayores y los que fomentan el uso del tiempo libre). 2) *El voluntariado de la prevención*: centra su compromiso y su función principal se orienta a concienciar a la sociedad mediante la realización de propuestas de cambio. Le interesa más, por tanto, la planificación general que un programa específico. 3) *El voluntariado de la integración*: es aquel que desarrolla dispositivos integrados orientados a hacer accesible la sociedad, desbloquear los factores de exclusión y eliminar las barreras físicas, psíquicas y sociales. Destacan en este aspecto las comunidades de inserción, las asociaciones de inmigrantes, las organizaciones de alcohólicos, los grupos que trabajan con los marginados sociales y con los reclusos). 4) *El voluntariado de la asistencia*: desarrolla dispositivos asistenciales orientados a mantener vivo el sujeto, reducir riesgos, cuidar deficiencias y atender carencias. Hay muchos grupos voluntarios que desarrollan la cultura de la acogida.

La tercera y última parte del libro la dedica el autor al voluntariado y las políticas sociales. El capítulo 8 («Modernización y voluntariado») está dedicado a exponer la orientación

actual de las políticas sociales y su relación con el voluntariado. El autor parte de una idea: el mantenimiento del Estado social es una precondition para el ejercicio del voluntariado actual. Este posee una particular responsabilidad en la construcción de la protección social: «un sistema orientado hacia los últimos es aquel que, sin abandonar los postulados de la modernización, se orienta prioritariamente hacia la exclusión y la pobreza, hacia los olvidados del crecimiento y hacia el mundo de la desesperanza y los desesperados» (p. 151). Por otra parte, el actual sistema de servicios sociales necesita incorporar a los grupos primarios y a las organizaciones intermedias, a las familias y unidades de convivencia, etc. En el capítulo 9 («Sociedad asistida y sociedad activa») se constata que la configuración del espacio social en una zona pública y otra privada no da razón cumplida de las organizaciones voluntarias. Existen abundantes hechos que permiten postular la existencia de un tercer sector junto a lo público y lo privado. Es el sector que ha sido identificado como privadosocial. La acción del voluntariado, sea individual o grupal, es siempre un ejercicio de solidaridad. Se expresa de diferentes maneras en el interior de cada nivel. En los *mundos vitales* significa creación de vinculaciones afectivas, se forma de ayuda recíproca (compasión); en el *Estado* significa creación de estructuras solidarias (justicia), y en el *Mercado* se expresa en la humanización de los procedimientos mercantiles (equidad). La solución más prometedora es la que afirma la centralidad de los diferentes sectores, pero se da una interrelación activa y sinérgica entre ellos.

En el capítulo 10 («El voluntariado y la familia») se describen las características de los voluntarios en el campo de la familia. El talante de esta política de ayuda a la familia estará presidido por el principio de «ayudar a la familia a que se ayude a sí misma», tanto en el sentido de potenciar la responsabilidad del espacio familiar en la gestión de sus propios riesgos como en el de respetar y promover la capacidad de autoorganización y de creación de formas de autoayuda entre las familias. El autor destaca el valor de acogimiento como expresión concreta del voluntariado de base familiar y comunitaria. En el capítulo 11 («El voluntariado de las personas mayores») se analizan las características propias de este voluntariado dedicado a los mayores. Gracias a esa compañía, la persona frágil siente la impresión de que no está sola, de que todavía puede servirse de sus sentidos y experimentar que su vida es perfectamente valiosa. Se debe combinar, en la acción solidaria, los recursos institucionales y los comunitarios. No se debe olvidar que, por lo que respecta a las pensiones contributivas como a las no contributivas, se deben perfeccionar. La garantía de una protección básica y digna para todas las personas mayores constituye hoy el referente esencial de la acción solidaria en este campo.

En el capítulo 12 («Voluntariado y jóvenes en desventaja») se caracteriza el voluntariado dedicado a los jóvenes. En un principio se deben abordar los problemas de los jóvenes a través de estrategias múltiples que aborden

simultáneamente las dimensiones individual, contextual y estructural de la necesidad. La desventaja de los jóvenes en nuestros días está vinculada ante todo al acceso al trabajo. El voluntariado pro-juventud desarrollará estrategias de inserción; ya no se trata simplemente de apoyar, sino de ayudar a que el joven se ayude. Está claro que el voluntariado debe ser consciente de que toda intervención que expropie la responsabilidad del joven es particularmente grave en el ámbito de la marginalidad.

El último capítulo, 13, lo dedica el autor al voluntariado en la cooperación internacional. Después de analizar los varios modelos que se han dado, enfatiza el voluntariado que fomenta y entiende el desarrollo como un proceso de expansión de las capacidades humanas, individuales y colectivas. El principio que predomina es el de responsabilidad compartida. El punto de partida no es el Estado ni el mercado, sino las mayorías populares. Sólo la institución de las minorías populares en agentes de su propio desarrollo podrá conducir al cambio. La obra termina con un decálogo para una búsqueda de la identidad del voluntariado.

La obra de Joaquín García Roca supone, a mi entender, una de las más fundamentales aportaciones en torno a la fundamentación y legitimación de la acción voluntaria, de sus retos y desarrollos. La recomendaría a todos, especialmente a todos los voluntarios y ONGD.

Alberto GUTIÉRREZ MARTÍNEZ

JUAN DÍEZ NICOLÁS

**Los mayores en la Comunidad de Madrid**  
(Madrid, Fundación Caja de Madrid, 1996)

«No es la edad en sí, sino lo que cada edad representa en cada sociedad, lo que resulta tener importancia.»

En los últimos años han proliferado los estudios sobre los mayores, interesándose por una amplia gama de problemas: económicos, sociales, psicológicos y políticos. Este tema ha suscitado un interés especial en los países desarrollados, no sólo por su importancia numérica, sino por las derivaciones y consecuencias de este colectivo sobre las demandas sanitarias, el pago de pensiones del Estado, la tendencia del voto político, el desarrollo de los servicios sociales, la incidencia sobre el empleo, las implicaciones para la familia y la mujer; pero los estudios se han diversificado y especializado tanto que a veces han impedido forjarse una idea adecuada y precisa del problema. Han sido estudios, no lo negamos, que han ayudado a entender la realidad social de los mayores, pero, generalmente, han carecido de un sentido práctico que permitiera al político o al gestor social un conocimiento del problema para actuar en consecuencia.

Este no es el caso del Profesor Díez Nicolás; sin renunciar a las pretensiones del trabajo científico en cuanto a objetivos, base metodológica y niveles de abstracción, hace acopio de una vasta información en relación a los mayores madrileños, con una intención eminentemente práctica. Pone a disposición del planificador social una amplia descripción y evaluación de los problemas con el objetivo de que disponga de una buena base de conoci-

mientos que permitan tomar decisiones y actuar con conocimiento de causa.

El texto aquí analizado inscribe el problema del envejecimiento en el contexto de un mundo que, en general, está poco envejecido pero que alcanza valores totalmente desconocidos en relación a otros momentos de la historia. Descenso de la natalidad e incremento de la esperanza de vida son variables que se entrecruzan y presionan al grupo de mayores para crecer tanto en números absolutos como relativos; este proceso ha canalizado, por parte de la Administración, una red variada de prestaciones y servicios, no suficientemente conocidos y, a veces, desigualmente utilizados, que pone en cuestión la eficacia de los poderes públicos en el tratamiento de la problemática de los mayores. A pesar de ello, no se aprecian importantes carencias entre oferta y demanda de prestaciones y servicios, sino que, entre los consultados, hay una especie de consenso que da a entender que las necesidades y problemas se hallan relativamente bien cubiertos.

La confrontación de datos y opiniones de los interesados, recogidos con el máximo rigor y analizados en un contexto comparado con otras investigaciones, presenta el problema de la tercera edad en toda su relevancia y profundidad. A ello ha contribuido el uso adecuado de metodologías cuantitativas y cualitativas, así como el interés del estudio por abordar la problemática del envejecimiento en un contexto

amplio y desde puntos de vista diferentes. Conocemos cómo va a evolucionar la población de la tercera edad en diferentes espacios madrileños y en qué medida las ofertas de las prestaciones y de los servicios que hoy se destinan a la tercera edad son congruentes con las demandas. El estudio mantiene un equilibrio entre los aspectos descriptivos y valorativos que ha permitido acotar los problemas, así como enjuiciar el grado en que se encuentra su solución.

El estudio supera el craso error de identificar mayores y personas de 65 años y más, y plantea con acierto la heterogeneidad de este colectivo, dando lugar a perfiles muy diferentes de envejecimiento, según quiénes sean los que protagonizan el hecho de envejecer: si es un hombre o una mujer, un viudo/a, un soltero o un casado; una persona que acaba de cumplir 65 años o una persona que ya ha entrado en la etapa que se ha dado en llamar «envejecimiento de los viejos»; o si se envejece con recursos económicos suficientes o insuficientes, con cultura o sin ella; o si se vive en una u otra zona de la ciudad, en el área metropolitana o en pueblos más alejados de las llamadas zonas de influencia.

Cada una de estas situaciones genera subgrupos con características, intereses y demandas sociales, también, diferentes. Por ejemplo, los varones que envejecen en la sociedad madrileña lo hacen con recursos económicos y sociales algo más altos que las mujeres; por otro lado, los hombres cuando se jubilan suelen dejar de trabajar, mientras esto no sucede con la gran mayoría de mujeres, que siguen encargándose de las tareas domésticas y, frecuentemente, del cuidado de sus maridos.

Como pone de relieve el estudio, para la mujer «no existe jubilación real» y sigue vinculada al trabajo mientras se lo permiten las fuerzas. La mayor parte de los hombres mayores están casados o viven con los hijos, mientras entre las mujeres predominan las viudas y las que viven solas. No menos importante que el sexo es la edad, que suele marcar diferencias contrastadas en cuanto a niveles de ingresos, estado mental, soledad, actividad y, sobre todo, grado de dependencia; mientras la media de las personas mayores dependientes, en cuanto a la realización de las actividades de la vida cotidiana, no alcanza el 10 por 100, este porcentaje se triplica, o más, entre los que ya han cumplido 80 años. Si la ruptura laboral constituye para algunos un problema, con fuertes implicaciones en el ámbito de las relaciones sociales, mucho más relevante y con consecuencias incluso de más calado social se derivan si los sujetos se ven afectados por situaciones de dependencia. El estudio cuantifica estos hechos y da a entender que las personas afectadas se encuentran bastante bien protegidas, merced a la solidaridad familiar, que reacciona con prontitud cuando se da la situación de dependencia. Decir la familia es referirse, generalmente, a las mujeres, y de forma especial a las hijas, que son las que se hacen cargo de la atención de los mayores.

Otro indicador que mide la heterogeneidad de este colectivo es la cultura. Evidentemente, los mayores de mañana serán muy distintos a los de hoy, entre otras razones porque tendrán más cultura y muchos más recursos personales para organizar de una forma más voluntaria y más libre su tiempo. De

hecho, cuanto mayor es el *status* socio-económico, se hace un menor uso de las prestaciones sociales, relativas al ocio y tiempo libre, viajes para la tercera edad, visitas a los hogares del pensionista, y se utilizan otros recursos de carácter más personalizado, como la lectura.

La forma de hábitat es otra variable que determina diferentes perfiles de envejecimiento. El estudio distingue seis espacios: tres en la ciudad, centro, noroeste y sureste; dos en el área metropolitana, noroeste y sureste; y el resto de municipios de la Comunidad. El envejecimiento se distribuye de forma heterogénea, siendo mayor en la ciudad que en el resto de pueblos, y en el interior o centro que en la periferia. En sentido contrario, se observa una gran discriminación en la difusión de la información y en el uso de los servicios que, generalmente, no se ajusta a los niveles de envejecimiento ni a las demandas sociales; como ejemplo de zonas más desatendidas se pueden citar el centro de la ciudad y el mundo rural. Pero mientras las dificultades para realizar una vida normalizada en el centro son cada vez mayores, el mundo rural tiene a su favor el que aún cuenta con ciertos recursos, «una mayor convivencia de los residentes, unas relaciones basadas en la colaboración, dirigidas casi en la misma medida hacia fuera (entorno-social) que hacia dentro (familia), a la vez que un estilo de vida más relajado y una mayor probabilidad de que se encuentre cerca algún familiar», que puedan suplir la deficiencia de prestaciones.

El tema central de los mayores se completa con otros dos estudios monográficos, uno sobre los prejubilados

y otro sobre los mayores que viven en residencias. Son dos grupos que permiten confrontar el futuro, los prejubilados, con el mañana, los que viven en residencias. Los contrastes no parecen apuntar hacia cambios radicales, dado que entre unos y otros aún no se dan importantes contrastes culturales. No obstante, los jubilados del mañana, hoy prejubilados, dispondrán de más recursos económicos y sociales, tendrán más ganas de viajar, aunque llegarán físicamente algo más castigados. El panorama de los que viven en residencias es más bien alentador dado que, a pesar de ser un colectivo mucho más envejecido que el resto, no presenta deficiencias físicas, psíquicas y sociales muy diferentes a los que viven en sus hogares.

La investigación, a pesar de haberse centrado en una comunidad concreta, la Comunidad de Madrid, recoge un perfil de los mayores suficientemente amplio y contrastado, que permite generalizarse, con matices, a los ancianos de otras regiones o entornos. De hecho, las conclusiones están en la línea de lo demostrado en otras investigaciones, por lo que el estudio, aunque se fije en un caso particular, puede extrapolarse y generalizarse.

La publicación se enriquece con el complemento de una base de datos en disquetes que permite al lector/investigador hacer sus propias preguntas y verificarlas mediante la utilización de programas informáticos. Es una novedad que induce al lector a participar en la investigación, contrastando o delimitando parcelas de la investigación.

Para terminar quiero hacer dos aco-taciones. La primera, que el estudio, por el hecho de haber pretendido hacer

un análisis exhaustivo de la realidad de los mayores, a partir de puntos de vista distintos, parece que ha diluido algunos aspectos de la problemática estudiada que, a mi entender, hubiera sido necesario resaltar; éste es el caso de la ayuda a domicilio y de la demanda de residencias. La ayuda a domicilio es el servicio que mejor se ajusta a las situaciones de necesidad de los mayores dependientes, dado que cualquier respuesta debe contar con el deseo del anciano de permanecer en su propio entorno. Si bien en el libro se hacen continuas referencias a la importancia de esta prestación, e incluso se cuantifica la oferta y algunos aspectos de la demanda potencial, se echa de menos un juicio ponderado sobre el grado de cobertura de esta prestación. En cuanto al tratamiento que se hace de las residencias, falta, quizá, un juicio que armonice las aparentes contradicciones que afloran en los grupos consultados y lo que dice la realidad. El rechazo generalizado a ingresar en estos cen-

tros, que dan a entender las encuestas y que se confirma, una vez más, en el trabajo presentado por el Profesor Díez Nicolás, se neutraliza con el juicio positivo que emiten los que residen en estos centros. Por otro lado, no parecen existir problemas de demanda, al menos no lo hacen constar los colectivos consultados, cuando la realidad nos habla de la existencia de listas de espera para ingresar en las residencias públicas, sobre todo en las de carácter asistido. Probablemente, esta problemática se hubiera subsanado si se hubiera acotado, dentro de los mayores, el grupo de los dependientes o de los dependientes sin cobertura familiar. Las respuestas habrían sido muy distintas y hubieran aparecido con mayor precisión las bolsas de desatención que aparecen algo diluidas en el texto. Entiendo que esto hubiera sido deseable, pero probablemente éste no era el objetivo de esta investigación.

Benjamín GARCÍA SANZ

INSERSO (redacción del Informe de Resultados: MANUEL JUSTEL —CIS—)  
**Las personas mayores en España. Perfiles. Reciprocidad familiar**  
 (Madrid, INSERSO, 1996)

El Instituto Nacional de Servicios Sociales (INSERSO) y el Centro de Investigaciones Sociológicas son las instituciones que diseñaron la investigación que se presenta aquí. Para la elaboración del cuestionario se contó, asimismo, con la colaboración técnica del Instituto de la Mujer.

Los datos en los que se sustenta este estudio pertenecen a una encuesta nacional realizada en noviembre de

1993, a 2.500 personas mayores de 65 años, en el marco de colaboración entre el INSERSO y el CIS\*. Además de la bibliografía, que seleccionó

---

\* Desgraciadamente, nuestro compañero y autor de la redacción de la presente obra —Manuel Justel— falleció antes de su publicación. En el monográfico de la *REIS* anterior (núms. 71-72) se le ha rendido un homenaje en el que han colaborado destacados investigadores.

Manuel Justel, se incluye un apéndice con las características técnicas de la muestra, así como dos anexos: uno con el cuestionario y el otro con la tabulación por las variables sexo y edad.

En este marco, además de esta encuesta, se llevaron a cabo otras dos para completar el estudio del *apoyo informal a las personas mayores*. La primera se realizó en mayo de 1993, a una muestra de 2.500 personas de 18 y más años de edad (estudio CIS núm. 2057). El objetivo fue medir las actitudes y opiniones de los españoles sobre la jubilación, la política social, así como sobre el cuidado y atención a las personas mayores con problemas de dependencia funcional. En la introducción de este libro, Pilar Rodríguez Rodríguez (INSERSO) expone los resultados más destacables de esta encuesta. Posteriormente, entre octubre y noviembre de 1994, se llevó a cabo otra encuesta a una muestra de 1.702 personas, representativa de la población adulta española, que cuidan de personas mayores (estudio CIS núm. 2117). Los resultados de esta investigación se publican en la obra *Cuidados en la vejez. El apoyo informal*, que incluye, además, los de un estudio cualitativo realizado por el Colectivo Ioé, entre personas cuidadoras.

Como pone de manifiesto Pilar Rodríguez en la introducción de la obra que se presenta aquí, con el subtítulo *Perfiles. Reciprocidad familiar* se ha querido poner de manifiesto la diversidad de perfiles y la no uniformidad de la vejez, por lo que no es pertinente hablar de manera unívoca sobre la misma. Como en otros estratos de edad de la población, existen diferencias entre hombres y mujeres, entre

residentes en zonas urbanas o rurales, según los distintos niveles de estudios alcanzados, los ingresos, las formas de convivencia, etc. En cuanto a la *Reciprocidad familiar*, se analizan, por una parte, las ayudas y el apoyo que prestan las personas mayores a las siguientes generaciones, que, como se comentará más adelante, ha resultado ser una aportación muy importante al conjunto familiar y una contribución que está favoreciendo la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado. Por otra parte, también se analizan los cuidados y atenciones que reciben las personas mayores necesitadas, predominantemente de allegados y del voluntariado, lo que se denomina *apoyo informal*. Al 25,6 por 100 de la muestra de mayores que respondieron que precisaban ayuda de otra persona para realizar alguna de las actividades básicas (levantarse/acostarse, bañarse, asearse, vestirse, acudir al servicio, comer, etc.) se le preguntó sobre quién o quiénes les prestaban esa ayuda. El 72 por 100 del total de cuidados se reciben principalmente de la familia, sobre todo de las mujeres, y especialmente de las hijas.

Manuel Justel inicia el informe con la descripción de algunas de las características básicas de este conjunto de la población española, poniendo de manifiesto el incremento de su peso demográfico relativo durante el presente siglo, muy relacionado con el de la esperanza de vida. Asimismo, la mayor longevidad relativa de las mujeres incide no sólo en la distribución por sexo de la población actual de más de 65 años, sino también en su distribución según el estado civil. La proporción de hombres mayores de 65 años que mantienen su estado matrimonial y la com-

pañía de su cónyuge es notablemente más alta que entre las mujeres. Pero esa longevidad mayor de las mujeres va acompañada de mayor morbilidad relativa, mayor desvalimiento medio y tasas también más altas de convivencia en solitario y sin cónyuge. Concretamente, son viudos el 16 por 100 de los hombres, frente al 49 por 100 de las mujeres entrevistadas.

Al constatar las importantes diferencias de composición ligadas al sexo, la información se desagrega de manera sistemática para hombres y mujeres, así como para diferentes subcohortes de edad y, en ocasiones, para casados, por un lado, y el resto, por otro.

En la descripción de las formas principales de convivencia (cap. 2) destaca el 16 por 100 de las personas que viven solas. Esta vida en solitario se incrementa con la edad: pasa del 10 por 100 a los 65 años a casi el 20 por 100 a partir de los 70 ó 75; y más de ocho de cada diez personas de más de 65 años que no conviven habitualmente con nadie son mujeres. La razón principal que esgrimen, tanto los hombres como las mujeres que viven solos, es que prefieren esa forma de vida o que se valen por sí mismos. La convivencia en pareja es la modalidad más frecuente hasta los 80 años, pero a partir de esta edad la cifra decae de manera muy importante, debido, sin duda, al fallecimiento de uno de los cónyuges. No obstante, el 20 por 100 de los mayores de 80 años vive en pareja, y alguno más (27 por 100) con alguno de sus hijos o con algún familiar (4 por 100).

Por otra parte, en el informe se considera importante destacar no sólo la tarea asistencial y la aportación activa de los mayores a los miembros de su

propia generación, que han puesto de manifiesto el 14 por 100, sino también que, en ocasiones, estas personas colaboran en las tareas domésticas de sus hijos y, muy especialmente, en el cuidado de los nietos. Entre los mayores de 65 años con hijos (64 por 100 de la muestra total), el 35 por 100 les presta algún tipo de ayuda. Manuel Justel pone de manifiesto aquí la primera conclusión sustantiva de importancia: el «rol asistencial activo que desempeñan casi la mitad de los mayores, si se encuentran en circunstancias personales (capacidad) o situacionales (cercanía o convivencia) apropiadas para ello». No sólo hay que subrayar el predominio de la ayuda ocasional (66 por 100), cuando los padres se ausentan del domicilio para gestiones o tareas extradomésticas (no propiamente laborales), sino que el cuidado diario de los niños «mientras los padres trabajan» es, asimismo, muy frecuente (36 por 100). También se recurre a los mayores cuando los niños están enfermos (26 por 100) y, en menor medida, en otras circunstancias —no de menor valor— que responden más a imprevistos o emergencias que a una ayuda sistemática.

De la lectura del capítulo (núm. 8) dedicado a las preocupaciones predominantes de los mayores, a su estado de ánimo, al trato que reciben de la sociedad y a otros aspectos de las relaciones familiares de los mayores se desprende una semblanza bastante rica de la situación personal y social de los mayores. La centralidad de la vida familiar en las personas mayores se pone de manifiesto, reiteradamente, en la información que proporciona la encuesta. La inmensa mayoría conside-

ra satisfactorias las relaciones que mantiene con la familia y otros allegados. Se constata que las relaciones más frecuentes tienden a asociarse con relaciones más satisfactorias, pero también prevalece la naturaleza satisfactoria de las relaciones cuando son poco frecuentes.

Respecto a la actividad y participación cívica de los mayores (cap. 9), parece evidente que las últimas generaciones alcanzan la vejez en mejores condiciones y que también evolucionan positivamente sus posibilidades de actividad y disfrute. Su escasa o nula frecuencia de asistencia a espectáculos, cines, conferencias o conciertos está suplida por la exposición a la televisión. Ver la televisión es la actividad que masiva y diariamente realizan los mayores, seguida de la de escuchar las emisiones radiofónicas. Pero también actividades que implican salir del marco estrecho de la vivienda familiar, como ir al parque, pasear o hacer recados, se realizan a diario por una buena parte de estas personas. Asimismo, comienza a ser muy frecuente entre los mayores la lectura. Perduran algunas diferencias importantes ligadas al género en algunas de las actividades cotidianas. La salida a la compra es la única actividad en la que la frecuencia es más alta entre las mujeres, y puede sustituir, en parte, al paseo en el parque, que los hombres realizan con más frecuencia. Las actividades de ocio fuera de casa las realizan los hombres con una frecuencia mayor (acudir a bares o cafeterías o a los clubes, sociedades recreativas o asociación de mayores). Así, el aprovechamiento de la oferta pública parece ser, hoy por hoy, casi exclusivamente masculino a estas edades.

Aunque la encuesta no profundiza en el tema de la jubilación y sus consecuencias, sí explora algunos aspectos. Así, la inmensa mayoría de las personas de edad conservan la red básica de relaciones sociales extrafamiliares después de la jubilación. En cuanto a la posibilidad de que el tránsito a la jubilación comporte una disminución de ingresos que pueda obligar al jubilado a tomar medidas restrictivas del gasto ordinario, los resultados indican que afecta sólo a una minoría. En general, esas restricciones se dan con mayor frecuencia en las personas mayores de más bajo nivel de ingresos, acentuándose esas diferencias cuando se trata de prescindir de algo que antes se consideraba necesario. Manuel Justel finaliza el informe afirmando que, aunque la información que aquí se maneja es muy sumaria para sacar conclusiones firmes, «hoy, los indicios apuntan a que la minoría a la que afecta la restricción y caída de *status* es más amplia que la minoría que aprovecha las oportunidades que brinda el período de jubilación para emprender o realizar actividades nuevas de ocio o cultivo personal».

Las actuales bajas tasas de natalidad y el incremento de la esperanza de vida son algunos de los factores que están influyendo en el envejecimiento poblacional. Este fenómeno está suscitando gran interés entre los investigadores, y en España, concretamente, se iniciaron estos estudios en la década de los años setenta. A finales de los años ochenta el INSERSO inició el Plan Gerontológico, que incluía la realización de encuestas a las personas mayores para conocer su situación social. Este interés del INSERSO continúa dando sus frutos

con esta y otras publicaciones que recogen los análisis de las investigaciones más recientes y contribuyen de manera ejemplar no sólo al conocimiento de la realidad actual, sino tam-

bién a la reflexión sobre un futuro no tan lejano de la población.

Pepa CRUZ CANTERO